

Beltrán S., Luis Ramiro (2005) **La radio del pueblo en Bolivia: acceso, diálogo y participación.** La Paz. 17 p. (Documento presentado en las Jornadas sobre el Derecho de los Pobres a la Información y la Educación, realizadas en Santa Fe, Argentina, el 16 y 17 de mayo de 2005).

**Colecc. LR Beltrán
PP-AI-155**

LA RADIO DEL PUEBLO EN BOLIVIA :

Acceso, Diálogo y Participación

Luis Ramiro Beltrán S.

**Jornadas sobre el Derecho de los Pobres a la Información y la Educación,
Santa Fe, 16 y 17 de Mayo de 2005**

Damas y Caballeros:

Es muy grato para mí estar en Santa Fe a fin de participar de las Jornadas sobre Derecho de los Pobres a la Información y a la Educación. Agradezco mucho la gentil y generosa invitación que para asistir a ellas me hizo el Padre Atilio Rosso. Y aprecio la ayuda que me brindó el colega Luciano Zócola para llegar hasta aquí. Me beneficiaré gracias a ello de la oportunidad de familiarizarme de cerca con la admirable experiencia del Movimiento de los Sin Techo y con la valiosa contribución a ella del Programa de Educación Satelital para la Marginalidad. Tendré aquí hoy el privilegio del contacto con personeros representativos de la sociedad santafecina interesados en esta singular obra socioeducativa. Y, además, disfrutaré del reencuentro con mis entrañables amigos y colegas Daniel Prieto, Washington Uranga, Juan Díaz Bordenave, Francisco Gutiérrez y Alfonso Gumucio, compañeros de ideales y de luchas desde hace muchos años, en Argentina, Paraguay, Costa Rica y Bolivia, mi patria.

Se me ha encomendado hacer una sinopsis de la situación de la comunicación en Bolivia con referencia especial al sector de la población más afectado por la pobreza. Para no exceder el tiempo de exposición previsto, ella tendrá que ser necesariamente panorámica, selectiva y esquemática. Me concentraré en las experiencias de la "radio del pueblo". Espero, sin embargo, que esto tenga utilidad referencial para la reflexión y el debate aquí..

INEQUIDAD, RAIZ DE LA POBREZA

Resulta necesario dar, a modo de marco contextual, una semblanza de lo que es la pobreza en Bolivia. Ella está entre los países más pobres de Latinoamérica. En la escala mundial de desarrollo humano establecida por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo ocupaba en marzo de 2002 el puesto 104, marcadamente inferior a la mayoría de los demás países de la subregión sudamericana. En aquel año, 5.8 millones de personas, el 64.3 por ciento de su población total, se encontraba en situación de pobreza ya que sus

ingresos estaban por debajo del costo de la “canasta básica” de alimentos y de bienes y servicios. El ingreso per cápita había caído casi en una quinta parte en comparación con el registrado en 1998, el desempleo se había duplicado y la inequitativa distribución del ingreso había alcanzado un nivel sin precedentes.

La quinta parte de los hogares más ricos recibía entonces ingresos casi 50 veces superiores a los de la quinta parte más pobre. El diez por ciento de la población más acaudalada concentraba un tercio del ingreso nacional, en tanto que algo más de un tercio de los ciudadanos habían caído en situación de extrema pobreza. Según lo anotara en mayo de 2003 la Comisión Económica de Naciones Unidas para América Latina, Bolivia llegaba así a ser un ejemplo de suma desigualdad social al tener la riqueza concentrada en muy pocas manos mientras la gran mayoría de la población, compuesta principalmente por campesinos indígenas, sobrevivía atormentada por el hambre y la desnutrición, la mala salud, la falta de empleo y la carencia de vivienda adecuada, así como de agua potable, alcantarillado y energía eléctrica.

Entre 2000 y 2003 se había verificado inclusive un muy considerable aumento de la clase pobre urbana y una leve reducción de las clases alta y media. En noviembre de 2003 un estudio realizado por organismos gubernamentales mostró que el 71 por ciento de la población se veía obligado a subsistir con menos de dos dólares al día. Señalaba el informe que *“la desigualdad y pobreza en Bolivia son la manifestación más clara de la exclusión social, económica e histórica que ha mantenido el Estado y la sociedad boliviana con los pueblos indígenas, comunidades campesinas, pequeños artesanos, gremiales y trabajadores pobres del área urbana rural ...”* Y, según el Instituto Nacional de Estadística, la inequidad exacerbada y la crisis económica produjeron, entre 1998 y 2003, 800.000 nuevos pobres. Así, lo señaló en octubre de 2004 el semanario paceño La Epoca, *“la brecha entre ricos y*

pobres se ha ensanchado desde la aplicación del modelo neoliberal, en 1985, pero ha sido en los últimos años que esta diferencia se ha ampliado en proporciones inquietantes y peligrosas.”

En efecto, un año antes una violenta insurgencia social, provocada por una sangrienta represión en la populosa y muy pobre ciudad de El Alto, causó la caída del gobierno constitucional del Presidente Gonzalo Sánchez de Lozada. Esa fue una instancia extrema de la lucha del pueblo raso soslayado y explotado que, iniciada ya en la era colonial, había continuado a lo largo del período republicano, instituido en 1825, tachonado de regímenes oligárquicos en su mayoría tan autoritarios, racistas y expoliadores como incompetentes y corruptos.

El régimen democrático había sido restaurado a principios de los años del 80 por voluntad de la mayoría de los ciudadanos, casi al mismo tiempo que surgían en la escena el neoliberalismo y la globalización. El pueblo tuvo entonces esperanza de redención, pero ya al comienzo del nuevo siglo se hizo del todo evidente que los partidos democráticos habían defraudado esa justa expectativa. Dieron al pueblo libertad, pero no desarrollo ni justicia. La aplicación que hicieron del foráneo modelo de desarrollo económico no sólo no mejoró la situación de los de abajo sino que profundizó el subdesarrollo y agravó la condición de los pobres. Lejos de aliviarse, la inequidad se acentuó en dos décadas de gestión teñida por el prebendalismo y la corrupción y la pobreza se exacerbó hasta producir el grado actual de explosividad social que acuña al caos y a la violencia. Ello pone en grave riesgo no sólo a la estabilidad gubernamental sino a la vigencia de la democracia y a la propia unidad nacional.

MEDIOS : CANTIDAD VERSUS CALIDAD

La actual situación de comunicación masiva en Bolivia es sui-generis porque se caracteriza por una muy alta cantidad de medios en contraste con un nivel de calidad

considerablemente bajo, en particular en el caso de la televisión y la radio. Esa evolución inusitada se produjo justamente entre 1982, año de la restauración de la democracia, y 2003, año inicial de la muy grave crisis política, económica y social que ella padece. El fenómeno se agudizó y se aceleró a partir de 1985 que vió nacer al primer gobierno neoliberal del país. Recientes estimados indican que en el año 2004 había 820 radioemisoras, 130 canales de televisión y 30 publicaciones periódicas, entre diarios y revistas. O sea que en los últimos 22 años se ha registrado en Bolivia un crecimiento de los medios de tanto como el 500 por ciento al influjo de una exacerbada competencia mercantil – deteriorante de la ética periodística y de la responsabilidad social – y con el concurso de la innovación tecnológica. Esto en un país que sobre un territorio de un millón cien mil kilómetros cuadrados apenas cuenta con unos nueve millones de habitantes y cuya magra economía no incluye un presupuesto publicitario que pase de los quince millones de dólares al año.

La propiedad de cuando menos el 80% de esos medios es privada y comercial. Los estatales son mínimos en número, magros en recursos y de escasa influencia y, en vez de apuntalar a los programas de desarrollo, fomentar la integración cultural y contribuir a la educación para el desarrollo, se limitan al entretenimiento y a la publicidad gubernamental. Comerciales o estatales, la mayoría de los medios dirigen sus mensajes primordialmente a la minoría educada, pudiente y poderosa y – con muy pocas excepciones – desdeñan a la mayoría depauperada, poco instruida y carente de poder decisorio. Pero ésta no se ha resignado nunca a ello.

LAS VOCES DEL SUBSUELO

Una victoriosa revolución nacionalista conmocionó a partir de 1952 los cimientos de la neocolonial sociedad boliviana que fuera conformada a partir de 1825. Propulsada por una alianza de clases – profesionales y empleados, obreros y artesanos y pequeños agricultores

– este movimiento antioligárquico y pro democrático determinó la nacionalización de las minas de estaño de que vivía el país, estableció el voto universal que dió a las mujeres y a los campesinos autóctonos la condición de plena ciudadanía y dispuso en favor de estos últimos la reforma agraria en pos de la redistribución equitativa de la tierra, en gran parte acaparada hasta entonces por el latifundismo improductivo y cuasi feudal.

Al calor de esa radical insurgencia popular surgió la Central Obrera Boliviana, de la que resultó puntal la Federación de Trabajadores Mineros por cuanto la minería era basamento y eje de la economía nacional. Y habrían de ser algunos sindicatos afiliados a esa agrupación matriz correspondientes a las principales regiones mineras del departamento de Potosí los que emprendieran un ejercicio precursor de lo que sólo mucho tiempo después iría a conocerse como comunicación “alternativa”, “participatoria”, “horizontal” y “dialogica”. En efecto, cuando menos veinte años antes de que el insigne maestro brasileño Paul Freyre propusiera que había que devolver la palabra al pueblo, algunos en Bolivia, por obra de esos paupérrimos sindicalistas indígenas, ya la había tomado para sí.

No lo hicieron por disposición de su central ni, menos, por mandato gubernamental. Lo hicieron por su propia iniciativa, porque resolvieron romper la incommunicación a la que los regímenes conservadores y los medios comerciales de comunicación los tenían sometidos. Haciendo con sacrificio aportes de sus magros salarios, adquirieron cooperativamente licencias y equipos elementales y de corto alcance para instalar las primeras 3 radios mineras en el segundo semestre de 1952, a fin de comunicarse mejor entre sí y de ponerse en contacto en lo posible con otros. Unos doce años después ellas irían a sumar 33 en red a lo largo de todos los distritos mineros.

Los mineros manejaron sus radioemisoras en forma autogestionaria y democrática mediante su estrategia de “micrófonos abiertos” para propiciar la libre participación

ciudadana en la emisión de mensajes. Armaban su programación averiguando los deseos de la gente. Cubrían reuniones sindicales y organizaban debates públicos. Atendían consultas y pedidos de diverso orden. Conversaban con hombres y mujeres sobre sus problemas y aspiraciones. Lo hacían en socavones, oficinas y mercados, así como en iglesias, escuelas y campos deportivos. Y priorizaban la información sobre el movimiento sindical en relación con la situación nacional, así como la música del folclore nativo. Pero operaban a un nivel más amplio como una radio al servicio de toda la comunidad que el pueblo llegó a sentir suya.

Aquello fue posible hasta 1985 cuando una fuerte caída del precio internacional del estaño provocó el colapso de la economía minera. Y así el mismo partido que encabezara la transformación en el 52, tuvo que cerrar las minas nacionalizadas lanzando al desempleo a 14.000 trabajadores de ellas. Esto a su vez determinó la virtual extinción de la Federación de Trabajadores Mineros y el consecuente debilitamiento de la Central Obrera Boliviana. Y con ello vino también la gradual desaparición de aquellas históricas emisoras, de la que hoy apenas quedan 3 o 4 sobrevivientes, destacándose la ejemplar Radio Pío XX, con instalaciones en dos ciudades.

LAS VOCES DE LA TIERRA

A diferencia de los obreros mineros, los agricultores campesinos – también en su mayoría nativos quechuas y aimaras - carecían a principios del 52 de organización sindical sustantiva y su vinculación a la actividad política era escasa. No tuvieron por ello una insurgencia propia comparable que fuera capaz de ganar para ellas acceso a la comunicación

Pero vino en su auxilio la Iglesia Católica, la única institución social interesada en la subalterna existencia de la clase indígena rural que constituía la gran mayoría de la

población. En 1955 misioneros Maryknoll establecieron la primera radioemisora dedicada a esa gente, Radio Peñas, a orillas del Lago Titicaca a dos horas de la ciudad de La Paz. Lo hicieron aplicando el modelo de "Escuelas Radiofónicas" creado en 1948 en Colombia por la Iglesia Católica mediante Radio Sutatenza, cabecera de Acción Cultural Popular (ACPO). Operando en español y en aimara, pusieron por tanto énfasis en la alfabetización y en el adoctrinamiento religioso, pero sin adaptación estrecha a la cultura autóctona y sin participación social importante.

Pronto irían surgiendo otras radios católicas rurales en diversas partes del país. En 1967 los operadores de esas emisoras resolvieron agruparlas en una alianza para coordinación y cooperación a la que llamaron, todavía bajo la inspiración de la experiencia colombiana de ACPO, Escuelas Radiofónicas Bolivianas (ERBOL). Así nacía emulando a la precursora minera, la segunda red boliviana de comunicación popular que venía a ser la primera de su tipo en Latinoamérica y llegaría a ser la mayor, la más compleja y la más duradera de ellas.

A la cabeza de la década de 1970 surgió en la región latinoamericana un movimiento de crítica a la comunicación en ella, de proposiciones para democratizarla y de acciones transformadoras y creativas en lo nacional y en lo internacional. El movimiento fue conocido por su propuesta de forjar una nueva concepción y forma de hacer comunicación a la que se denominó como "alternativa", "dialógica", "participatoria" y "popular". ERBOL se identificó sin vacilación con esa línea renovadora y justiciera y entre 1970 y 1975, consciente de que el analfabetismo formaba parte del fenómeno de la injusticia que marginaba a la mayoría del pueblo de la toma de decisiones para el desarrollo, reorientó, amplió y profundizó su actividad en pro de una educación popular integral propiciadora de la equidad. Y de 1976 a 1980 dió otro paso hacia adelante al cambiar su discurso unidireccional por nuevas formas

de acceso, diálogo y participación que convirtieran a sus oyentes en protagonistas de la emisión de mensajes para dejar de ser sólo recipientes mas bien pasivos de ellos. Así la clásica actitud asistencialista y paternalista, además de confesional, fue cediendo paso al enfoque autonomista, comprometido y liberador.

El punto inicial de tan significativa evolución lo marcó en 1976 la conversión de la pionera pero tradicionalista Radio Peñas en Radio San Gabriel con asiento en La Paz y desde entonces a cargo de los Hermanos de las Escuelas Cristianas (La Salle). Lo primero que hizo fue dar plena participación a miembros del campesinado aimara altiplánico en la planificación, la producción y la evaluación de los programas que ellos irían a hacer en su idioma y con ajuste a sus costumbres, necesidades y aspiraciones. Los formatos de esa programación fueron desde el noticioso y el correo hasta los cursillos, los concursos y las radionovelas y el entretenimiento, principalmente con base en la riqueza de la música autóctona. Además dió bienvenida a la forma de trabajo comunal característica de la solidaridad de la cultura aimara: todos los miembros del equipo pasaron rotativamente por cada una de las tareas. Por otra parte, estableció centros de capacitación en varios lugares para formar a centenares de radialistas que impulsaron el nuevo enfoque de "comunicación educativa promocional" por ir mas allá de la alfabetización hacia la enseñanza para el desarrollo en agricultura, salud, vivienda, etc. La San Gabriel hizo todo en consulta con los líderes de las comunidades indígenas y con la ventaja de excelentes instalaciones, con uno de los equipos de transmisión mas potentes de Bolivia y con el recurso de un servicio noticioso en aimara que alcanzaría una gran audiencia inclusive en Perú. Con una planta de un centenar de productores, iría a recibir por todo ello en 1991, el premio español "Fray Bartolomé de las Casas" y acaba de celebrar ahora su cincuentenario en incansable actividad.

Con variantes de temática, idioma principal y estrategias de diálogo y capacitación, varias otras emisoras de ERBOL fueron forjando una labor similar a lo largo de toda Bolivia. Todas ellas mostraron a partir de 1980 su mas franco compromiso con los pobres y marginados. Y algunas de ellas sufrieron por eso a veces represión gubernamental que incluyó clausuras temporales y destrucción de instalaciones por actos de sabotaje o por directa agresión militar o policial. Pero, en vista del poderío moral de la Iglesia Católica, ni las peores dictaduras pudieron acabar con la institucionalidad de ERBOL.

Ya al cabo de su primera década de operación ERBOL, como único sistema nacional de comunicación popular que informa sobre la vida de la gente dispersa en centenares de remotas aldeas, había desarrollado vínculos con 800 agrupaciones de base y con 2.000 organizaciones comunitarias en todo el país. Siempre creativa, llegó a establecer paulatinamente una red de "reporteros populares", jóvenes voluntarios que, habiendo recibido capacitación básica para actuar como corresponsales locales, enviaban a las emisoras información por carta, teléfono o grabación en cassettes y participaban de tareas evaluatorias de las preferencias y reacciones de las audiencias.

A partir de fines de la década del 70, ERBOL también estimularía la organización de agrupaciones de radialistas nativos, las primeras en Latinoamérica, principalmente en regiones del altiplano y de los valles.

ERBOL hoy es un emprendimiento creciente, consolidado e influyente. Llamada ahora "Educación Radiofónica Boliviana" cuenta con 33 instituciones afiliadas, de las que 27 son emisoras y 5 son centros de producción. Además está enlazada con 45 radioemisoras afines, con lo que llega a un total de 72 miembros de una gran red de radios privadas que, aunque tienen espacios para anuncios, no son empresas comerciales sino instituciones de servicio público sin ánimo de lucro que llegan a muchísima gente en todo el país. Lo hacen por

separado, en red nacional y por redes regionales y redes culturales, estas últimas correspondientes a las formaciones étnicas principales, lo que conlleva el uso de los idiomas aimara, quechua y amazónicos, además del español. ERBOL tiene cuatro noticieros de alcance nacional al día con participación de 80 radios en cadena aparte de los informativos breves de cada hora. Cuenta, por otra parte, con programas especiales en los fines de semana para propiciar la reflexión y el debate sobre la construcción de la democracia. Prácticamente en todos sus programas de esa naturaleza y en los educativos estimula intervenciones de los oyentes por contacto telefónico. También tiene una página web para conectarse con los ciudadanos bolivianos en el exterior, especialmente los migrantes campesinos.

Su actual estrategia general de comunicación es el “periodismo de fuente abierta” que busca hacer de cada ciudadano un periodista en el sentido de no sólo ser receptor sino fuente, medio y mensaje para que logre pleno acceso a la información y real ejercicio de la ciudadanía. Esa estrategia corresponde al propósito de informar sobre la realidad desde los sectores indígenas excluidos, desde el punto de vista de sus culturas y desde su visión del mundo para interactuar con las élites que detectan el poder en pos de incidencia sobre la conducción política y económica de la sociedad hacia el desarrollo democrático.

Consciente de la importancia del profesionalismo en el manejo de la radio del pueblo ERBOL estableció en años recientes, con apoyo de la Universidad Católica Boliviana, el Programa Nacional de Formación Universitaria en Comunicación “Voces Unidas” para radialistas de las emisoras no comerciales. Este es un sistema que combina el autoestudio libre a distancia con la práctica y la reflexión presenciales dentro de un calendario de trabajo de treinta meses. La enseñanza y el aprendizaje se dan en cuatro áreas programáticas: producción radiofónica; periodismo radiofónico; programación y gestión radiofónica; y

operación y mantenimiento de equipos de grabación. En cada semestre los estudiantes reciben textos compuestos por determinadas unidades temáticas, acompañados en algunos casos por cassettes de sonido y de videos. La evaluación de desempeño está a cargo de un coordinador nacional y de tutores regionales. Ellos sostienen que hay que “desmitificar a la radio como medio antidemocrático, dejar de lado que respalde una sociedad desigual e injusta que refuerce la cultura patriarcal que permite la opresión, la violencia, la discriminación y la intransigencia ...”

ERBOL es en Latinoamérica el más vigoroso, amplio y sostenido ejercicio efectivo de comunicación alternativa, dialógica y participatoria que permite a millones de personas, principalmente los pobres del campo y de los suburbios, ganar vigencia para su derecho a la información mediante el libre acceso a ella en pos de plena ciudadanía.

LAS VOCES DEL ALBA

También a mediados de la década del 50 surgió, principalmente en La Paz, otro formato de comunicación popular. Fue el aprovechamiento de las “horas muertas” de unas cuantas emisoras comerciales por productores independientes que alquilaban el espacio de 5:00 a 6:00 de la mañana para hacer, artesanalmente, programas dirigidos a la población aimara del área del Lago Titicaca, fronteriza con Perú, y de las ciudades contiguas de El Alto y La Paz. Todas ellas sumaban entonces aproximadamente un millón doscientos mil personas, de las cuales alrededor de la mitad eran indígenas aimaras. La radio era entonces el único vehículo de comunicación masiva a la que ellos podían acceder, especialmente a partir de la aparición del transistor en los años del 60. Pero, con muy pocas excepciones, las emisoras comerciales no consideraban a los indígenas parte de su público. Por su parte, el Estado no había dotado a las áreas rurales de servicios de correo, telegrafía, telefonía y radiotelefonía. Padecían ellas, por tanto, una situación de marginación en comunicación.

Los radialistas de la madrugada, todos improvisados en el oficio, entraron a aliviar por su cuenta y riesgo, cuando menos en parte tan injustas carencias. Hacían en aimara noticiosos alternándolos con música nativa (a la hora en que los campesinos aun no habían salido de sus casas), con breves mensajes personales e institucionales por los que cobraban muy modestas sumas de dinero a sus oyentes, así como con algunos avisos comerciales y de propaganda política. Lo que ganaban casi sólo les alcanzaba para pagar el alquiler del tiempo de emisión, pero ellos perseverarían en su empeño a despecho de ésto. Y era que sentían placer al actuar como intermediarios de su gente entre la ciudad y el campo y orgullo por desempeñarse como periodistas. Felicitaciones por cumpleaños, bodas y aniversarios. Encargos por cuestiones de salud. Anuncios necrológicos. Avisos para compra y venta de productos. Convocatorias a reuniones. Y dedicatorias musicales. Esos eran los principales tipos de mensajes que ellos emitían además de las noticias desde una perspectiva de la comunidad nativa.

Modesto y esporádico, este emprendimiento comunicativo perduró sin embargo aproximadamente hasta fines de los años del 80, cuando nuevas condiciones políticas, económicas y tecnológicas determinaron su desaparición. Pero la estrategia experimentada se sostuvo más allá de ese plazo en no pocas de las emisoras de ERBOL.

LAS VOCES DE LAS COMUNIDADES

Excepto por las radios sindicales mineras nacidas a principios de los años del 50, no hubo en Bolivia radios comunitarias – en sentido de emisoras propias de comunidades nativas que sean gestionadas y financiadas por ellas – sino a partir del comienzo de la década del 70. Fueron muy pocas y muy pobres pero marcaron un hito que ahora es recuperado y activado por nuevos esfuerzos semejantes que son autónomos, no dependientes de la Iglesia Católica como son las radios de ERBOL para la educación

democrática integral. En efecto, en 1971 sacerdotes oblatos canadienses que habían fundado en 1964 en Oruro un instituto de investigación y educación popular, transfirieron la estación de éste, Radioemisoras Bolivia, a la Federación de Sindicatos Campesinos pero ésta no atinó a hacer debido aprovechamiento de tal donación a lo largo de de siete años, deviniendo luego ella en radio comercial.

En cambio, el Sindicato de Campesinos de Carrasco, provincia del departamento valluno de Cochabamba, estableció en 1985 la Radio Yurak Molino con modestos aportes de sus 27 agrupaciones afiliadas y con apoyo de un instituto privado de educación para el desarrollo. Presidida por un consejo comunitario de 23 miembros y manejada por un grupo de 6 de ellos, la precaria estación operó con un generador de electricidad a diesel y, pese a la escasa potencia de su transmisor, llegó con enfoque participativo a unos 40.000 campesinos de habla quechua, ayudando a integrar sus diminutos y dispersos agrupamientos.

En 1990, en una remota provincia del departamento altoandino de Potosí, una comunidad de 10.000 campesinos quechua/aimaras creó por acción colectiva Radio Mallku Kiririya. Tan modesta era ella que sólo podía financiar emisiones de fin de semana con la venta de productos agrícolas. Manejada, sin embargo, en consulta con la comunidad y por formato de libre participación, la pequeña estación pronto se convirtió en centro de reunión de la comunidad para intercambio, coordinación y acción solidaria. Esta fue, pues, la primera radio comunitaria campesina de Bolivia.

Desde entonces hasta el presente ha venido surgiendo, principalmente en la región altiplánica, una treintena más de pequeñas emisoras de ese tipo. En algunos casos ellas operan con equipos de transmisión y emisión fabricados artesanalmente por técnicos indígenas a muy bajo costo. El sostenimiento de varias de ellas se hace posible por cultivos

comunitarios agrícolas y proyectos cooperativos de ganadería, lanar auquénida. En otros casos los fondos comunales provienen de la confección de polleras y productos de talleres de cerámica artesanal. La programación de estas radios combina lo educativo y lo recreativo con el apoyo a la movilización social por la causa campesina, especialmente en situaciones de emergencia política.

EL SECRAD : CRUCIAL APOYO

La Iglesia Católica, patrocinadora de ERBOL, cumple también un papel de apuntalamiento a la radio del pueblo en Bolivia mediante el Servicio de Capacitación en Radio y Televisión para el Desarrollo (SECRAD) de la Carrera de Comunicación de la Universidad Católica Boliviana, servicio que fue establecido en 1985 con respaldo financiero de la UNESCO.

El SECRAD contribuye, en general, a la capacitación para la producción y emisión de material educativo audiovisual para programas de desarrollo, así como al asesoramiento, a la investigación y a la planificación en materia de democratización de la comunicación. Pero apoya preferencialmente a actividades dirigidas a facilitar el acceso de los pobres del campo y de los suburbios a la información pública y a la comunicación educativa. Una de sus primeras tareas fue, por tanto, el ofrecimiento a partir de 1986 de un curso de tres años para la profesionalización académica de 130 miembros – aimaras y quechuas – de la Asociación Nacional de Comunicadores y Radialistas en Idiomas Nativos. En 1992, el presidente de ella, Cancio Mamani, fue elegido vicepresidente de la Asociación Mundial de Radios Comunitarias (AMARC), cuyo capítulo boliviano está a cargo de SECRAD. Y en 1995, el famoso periodista radiofónico aimara, Donato Ayma, fue el primer ciudadano indígena que obtuvo la licenciatura en comunicación en la Universidad Católica.

Por convenios con asociaciones de comunicadores nativos rurales y con apoyos de la UNESCO y de la Diputación de Córdoba, España, el SECRAD instauró un Programa de Capacitación para Radios Provinciales (PROCARP). Se desarrolló por un semestre en los años 2001, 2002 y 2003 en las instalaciones de la Unidad Académica de Campo de la Universidad Católica situada en la localidad aimara de Tiahuanacu. Fue dirigido a 160 operadores de 40 de tales emisoras, incluyendo a las comunitarias.

Por otra parte, el SECRAD brinda servicios de asesoramiento técnico para la operación de nuevas radios comunitarias como una de la cultura tacana de origen amazónico, otras dos de nativos de la selva y del subtrópico y una de jóvenes de un municipio aimara. Y en la actualidad está dando orientación y aliento a la creación de dos de ellas en dos de las formaciones étnicas más antiguas de Bolivia: los kallawayas de La Paz, famosos por su medicina herbolaria, y los urus de Oruro.

En otro rubro de su ejemplar labor promotiva el SECRAD ha logrado negociar con éxito la legalización de la operación de radios provinciales y comunitarias por las autoridades de telecomunicación. Y, por último, acaba de patrocinar en Cochabamba en febrero del presente año el Primer Encuentro Nacional de Radiodifusión Comunitaria.

LOGROS Y RETOS

Por lo expuesto hasta aquí es evidente que hay en Bolivia una larga y fructífera tradición de lucha por la democratización de la comunicación por medio de la radio del pueblo, por el pueblo y para el pueblo

Esa lucha ha sido ejemplarmente exitosa en muchos aspectos. Sin duda, ha ganado muy considerables niveles de acceso y diálogo y participación de los pobres en la comunicación para el desarrollo económico, político y cultural. Es decir, que ha conseguido

superar o, cuando menos en grado importante, aliviar la marginación del campesinado indígena, que constituye la mayoría de la población del país.

Y, sin embargo, todavía queda mucho por conseguir para asegurar en definitiva el disfrute a plenitud del derecho a la información y a la comunicación por todo el pueblo boliviano. Por eso los radialistas nativos continúan sin vacilación ni tregua su cotidiana lucha por la verdadera democracia.

=====